

FLORES Y PERLAS.

POESIAS MORALES

POR

CONSTANTINO LOMBART

Y

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

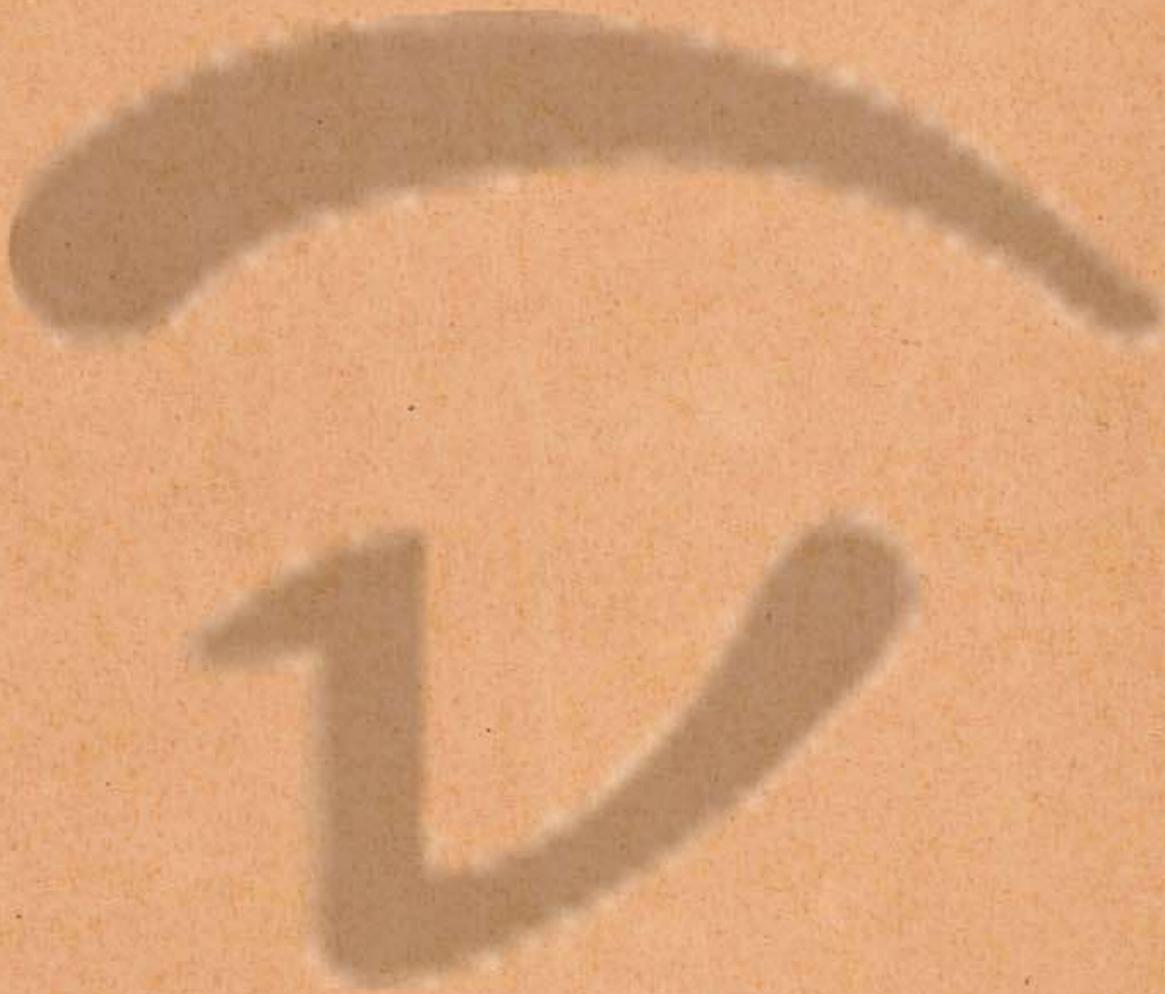


MADRID.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ,

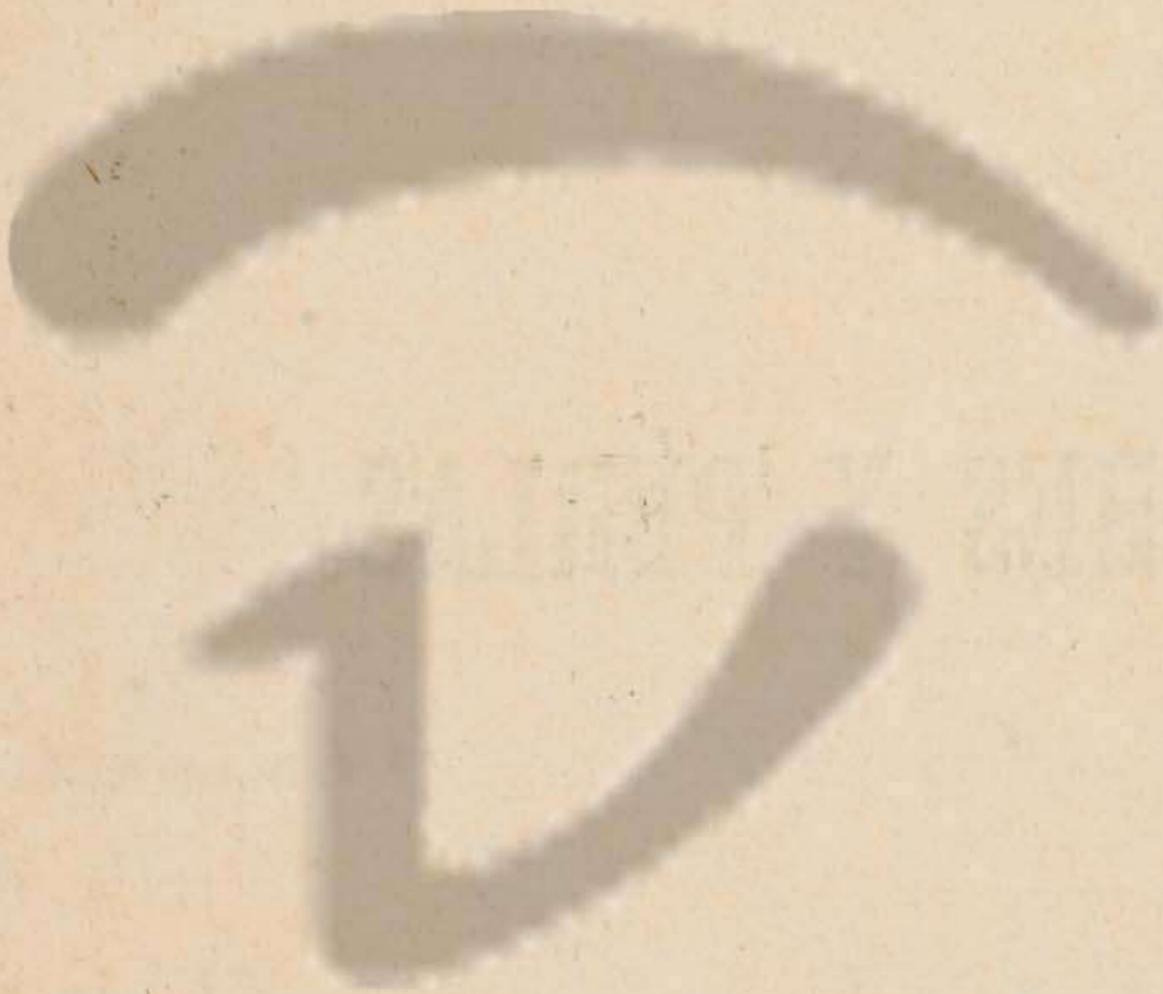
Jacometrezo, núm. 72.

1873.



FLORES Y PERLAS.

A mi distinguido
amigo, el ilustrado
profesor Dr. Matías
Florca, como una mu-
estra de agradecimiento.
Constantino Lombart



FLORES Y PERLAS.

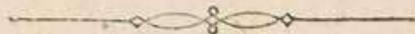
POESIAS MORALES

POR

CONSTANTINO LLOMBART

Y

JOSÉ F. SANMARTIN Y AGUIRRE.



MADRID.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUAREZ,

Jacometrezo, núm. 72.

1873.



VALENCIA:—Imp. católica de Piles, á c. de Cárlos Verdejo, Almirante, 3.

PROLOGO.



A la amabilidad y galantería de los autores de este libro, Sres. D. José Francisco Sanmartin y Aguirre y don Constantino Llombart, debo el escribir su prólogo.

Conocidas mis aficiones literarias por el primero, tuvo á bien encomendarme un juicio crítico que pudiese servir de prólogo á una coleccion de fábulas, y yo que nunca niego favor alguno á mis amigos, no tuve inconveniente en admitir tan honrosa comision, sin temor de que la amistad apasionase mis juicios y estos fuesen equivocados por aquel motivo, aunque preveo lo sean por falta de gusto y criterio, requisitos indispensables para que mi crítica no adolezca de tales defectos.

Sospecho, y con grandes fundamentos, que el progreso literario tiende á la síntesis, manera de aprender mucho en poco tiempo; por esta razon la importancia de los estudios bibliográficos salta á la vista, y debiendo ser el prólogo un juicio del libro sobre el cual se escribe, manifiesto es el interés que el prólogo tiene.

No opino yo como algunos que sostienen la inutilidad de los prólogos, y el poco caso que los lectores hacen de ellos, y antes por el contrario, creo, que, la mayor parte, aun los de instruccion no vulgar, los leen queriendo formar parecer sobre el libro con las opiniones del prologuista.

Atrevimiento grande han tenido los Sres. Sanmartin y Aguirre, y Llombart, al dedicarse á escribir un libro de fábulas en España, en donde el ilustradísimo y venerable Hartzenbusch no ha cubierto los gastos de imprenta con la publicacion de las suyas, que son de las mejores, pero atrevimiento digno de aplauso, de encomio y de ventura.

Tengo para mí que no es pasado el tiempo de la fábula, como aventuran algunos; pero sospecho que es el medio menos á propósito para espresar ideas, porque solo para tiernas inteligencias sirven de instruccion, y

hoy, aun los niños con baberos desearian la instruccion precipitada.

El origen de la fábula se encontrará pensando *razonadamente*.

La forma mas natural de emitir al hombre sus pensamientos, es, en la primera edad, la directa, la inmediata; porque parece que la sencilla naturaleza se opone al refinamiento que manifiesta la ingeniosa, encubierta ó rebuscada manifestacion, toda vez que se tiene por hija del estudio, de la reflexion ó del conocimiento. Y siendo en mi concepto indirecta la forma, la leccion rebuscada, y mas caprichosa que necesaria la manifestacion en la fábula, creo que esta no es tan antigua como algunos géneros de poesía, especialmente de la lírica, como ligeramente traté de probar en otra ocasion (1).

Es la fábula de tan inocente recreo, y pensamos nosotros que tan sin objeto en el campo de enseñanza de personas mayores, que sin inconveniente alguno me atrevo á asegurar, que su origen ni se debe á la falta de libertad para reprender á los tiranos, como suponen algunos, ni á la metempsícosis, en cuyo caso se atribuyen, —merced á la encarnacion de espíritus inferiores en

(1) En mi estudio critico *Et Ramayana* (poema épico sanscrito), ar t. 1.º

cuerpos superiores,—á los animales cualidades racionales que hasta el presente solo en el hombre se han conocido, y sí solo al placer que algunos peregrinos ingénios han encontrado en espresar moralejas, mas ó menos intencionadas, en forma de alegorías, parábolas y cuentos.

Ni pudo ser de otra manera, toda vez que probado se halla, que los tiranos hacen poco caso de la forma, y de todas maneras espresada la censura, saben castigarla; y que lo de la metempsícosis ha sido una de tantas coincidencias científicas ó literarias como frecuentemente encontramos. En lo que no cabe duda, es, en que su origen histórico está en Oriente, aserto que toma visos completos de exactitud cuando se recuerda el carácter especial de los asiáticos y principalmente el alegórico de los árabes, indios, hebreos y argos.

No han podido esplicar satisfactoriamente los mas renombrados críticos, en qué época de situacion política ó económica de los pueblos florece la fábula, porque en cada nacion ha variado; el autor de estas líneas refiriéndose á España puede asegurar que apareció (1) cuando la

(1) No ignoro que el Archipreste de Hita escribió algunos apólogos, pero son de escaso valor y de ninguna manera modelos.

inspiracion se habia perdido, la inteligencia acabado y la prosperidad disminuido; cuando nuestro teatro sucumbia á los bárbaros ataques de los *esclausivistas franceses*, y los escritores, en ridícula parodia se entretenian—siendo pocos y de escaso valor,—en reñir descabelladas é irrisorias batallas. En el reinado de Cárlos III publicó D. Félix María de Samaniego su primer tomo de fábulas (1), inspiradas por el contraste que formaban las costumbres no santas de los mayores muy dados á cuentos picarescos, y las de los niños entretenidos en juegos infantiles que solo se conocen en los pequeños pueblos. La vida tranquila y reposada que por algun tiempo llevó en Laguardia, pequeña villa de la provincia de Álava, y las indicaciones de su tío el conde de Peñafiorida, animáronle á escribir sus

(1) *Coleccion de fábulas*, un tomo en 4.º marquilla; impresor, Benito Monfort, en Valencia.

Comprende la *Coleccion* 105 fábulas, divididas en cinco libros; los tres primeros los dedicó á las personas que mas le favorecian: el primero á los seminaristas, para cuyo uso se publicaban; el segundo al conde, su tío, director de la *Sociedad Vascongada de los Amigos del Pais*, y el tercero á D. Tomas de Iriarte, que hasta entonces se le habia mostrado benévolo. El cuarto lo aplica á sus versos, y el quinto no tiene dedicatoria.» Esto dice el eminente literato D. Eustaquio Fernandez Navarrete, cuya muerte deploramos todos los amantes de las letras, en sus *Obras inéditas ó poco conocidas del insigne fabulista D. Félix María de Samaniego*.

apólogos, llenos de gracia, de versificación fácil y de sencillez natural.

Poco tiempo despues D. Tomas de Iriarte,—uno de los menos malos literatos de aquellos desgraciados tiempos— dió á luz sus *Fábulas literarias* debidas á la envidia y recelo que el éxito de las de Samaniego hicieron sentir en su pecho, y es bien seguro que no hubiese escrito Iriarte fábulas á no hallarse por aquellos famosos tiempos la mayor parte de los escritores llenos de inquina y otros malos sentimientos.

Muchos han sido los escritores que en este siglo han escrito fábulas, aunque no todos merecen igual distincion; desde el picaresco D. Pablo de Xérica, hasta los autores del libro *Flores y Perlas* que va á ser objeto de mis observaciones, han cultivado el apólogo entre otros muchos, Mora, Hartzenbusch, Campoamor, Baeza, Príncipe, Fernandez, Guerrero, Trueba y Právia.

El haber dedicado sus talentos á la fábula tantos y tan notables literatos es otro de los inconvenientes—y no de los mas pequeños,—que encontrará la publicacion de este libro; pero mis amigos Llombart y Sanmartin y Aguirre han sabido agrupar tantas bellezas en él, que deben

confiar en que el éxito mas lisonjero será el premio de sus trabajos.

Contiene este tomo cuarenta y tantas fábulas de todas clases, diseminadas caprichosamente, algunas con argumentos conocidos, escritas en toda clase de metros y alternando las firmas de Llombart y de Sanmartin y Aguirre.

Conocidas son las dotes, no medianas de poeta, que adornan á Sanmartin y Aguirre, de todos los lectores de *Baladas y Cantares*, *El Cesto de Flores*, *Maremagnum* y *Armonías Sagradas*; descuella en sus poesías, como cualidad relevante de su genio, el sentimiento, y bien cierto es que no siendo en la versificación vigoroso (si lo esceptuamos en sus poesías religiosas, en donde dicho señor, segun confesion de sus críticos, revela dotes de poeta de primer órden), ni en sus pensamientos profundo, el Sr. Sanmartin y Aguirre es un verdadero poeta. Sus poesías *ligeras*, como el mismo Sr. Sanmartin y Aguirre las califica, sin tener la originalidad de Heine ni el frio escepticismo de Goethe, tienen sin embargo el apasionado sentimiento amoroso del primero y la amarga ironía del segundo (1).

(1) Véase lo que decia hace algun tiempo en mi juicio crítico de sus poesías, escrito para la *Revista de España*.

«Incansable en las impresiones, quizá porque pertenece á esa secta de poetas que sienten en todas las situaciones de la vida, en poco tiempo —porque no son muchos los años que el vate cuenta,—ha publicado varios libros en los que está retratada su manera de sentir.

Pertenece Sanmartin y Aguirre á un género de poetas inclasificable. Nada tiene de la imaginacion andaluza, tampoco se halla dotado de filosófica inspiracion, y sin embargo, el Sr. Sanmartin es poeta, es un verdadero poeta.

No hay en sus libros creaciones portentosas que muestren al génio; ni forma, ni fondo muchas veces, nada hay grandioso, y á pesar de esto, Sanmartin y Aguirre es poeta.

Yo no me atrevería á decir que Sanmartin y Aguirre siente como los poetas y que como los poetas piensa; pero me atrevería á sostener, mas aun, á probar, que Sanmartin y Aguirre es un poeta. Y esto que parece una paradoja, lo halla justificado todo aquel que tenga regular conocimiento de lo que es la poesía. Sus poesías tienen un fondo de melancolía que se hacen sumamente queridas.»

No sucede con sus fábulas todo lo que acabo de indicar. Como tiene que abandonar el sentimiento, cualidad

principal en sus versos, en *Flores y Perlas* aparece inferior como poeta, de lo que en realidad es, y como el pensamiento del apólogo es de tan poca importancia, resulta que Sanmartin y Aguirre ha puesto poco empeño en ser original; de aquí el que yo crea que la menos buena de las producciones del mencionado señor es *Flores y Perlas*. Sus fábulas sin embargo, lo mismo que las de Llombart, se leen con gusto, con facilidad, no cansando su versificación que corre suelta en toda clase de metros.

Constantino Llombart, el otro autor de este libro, es un jóven modesto que goza de una buena y merecida reputacion entre la jóven pléyade de nuestros escritores contemporáneos. Su firma ha aparecido en muchas de las publicaciones literarias de España, y la cualidad mas culminante de sus composiciones, es que se nota en ellas una gran desigualdad en la forma, tal vez, á causa de la anómala posicion social que ocupa.

No obstante de lo dicho, el Sr. Llombart es un buen poeta, que no dudo merecerá justos lauros, si como creo se dedica al género filosófico creado por Campoamor, para el cual muestra el Sr. Llombart escelentes dotes. Su tomo de doloras que con el título de *Flores de Adelfa* va á dar á luz próximamente, probará á mis lectores lo

acertado de mi juicio. Como á escritor dramático, el señor Llombart ha dado al teatro una loa filosófico-política con el título de *Justicia contra Justicia*, en la cual se muestra enemigo de la pena de muerte, y un drama en tres actos titulado *La esclavitud de los blancos* (en el que pide la abolición de las quintas), el cual mas que á su mérito literario, mereció el ruidoso éxito que obtuvo, á la popularidad que el Sr. Llombart goza en la filas del partido republicano de Valencia.

No me atreveré yo á decir que son las fábulas de los dos poetas valencianos superiores á las de Iriarte, Samaniego, Hartzenbusch, Campoamor y Fernandez, pero sí puedo asegurar que donde quiera que se hable de fábulas sencillas, divertidas y graciosas, se citará el tomo de ellas, *Flores y Perlas*, de los Sres. D. José Francisco Sanmartin y Aguirre y D. Constantino Llombart.

La falta de espacio y de tiempo me obliga á terminar este desaliñado prólogo, con gran sentimiento mio y con no menos contentamiento y complacencia de mis lectores.

Sermin Herrán.





FLORES Y PERLAS.

I.

JUPITER Y LAS BESTIAS.

Afligidos los pobres animales,
Por todos cuantos males
En sí pueda traer un mal verano,
Acudieron con ánimo medroso
A Júpiter potente,
Y dijeron al Dios: «Oye clemente,
Nuestras quejas ¡Oh padre soberano!
Y con piadosa mano
Nuestros males mitiga bondadoso;
De aqueste caluroso

Tiempo infernal que vivos nos abrasa,
Líbranos tú, sin dilacion alguna.»
Y el Dios les contestó: «De la fortuna.»
No quiero que os quejeis; idos á casa:
Calor tan en extremo sofocante,
Yo prometo quitaros al instante.»
Y tal fué el alegron que recibieron
Cuando al benigno Júpiter oyeron,
Que cual bestias las bestias se portaron,
Pues sin darle las gracias se marcharon.

A la esquina estarían,
Y ya, en vez de calor, frio sentian;
Pero un frio glacial que por momentos
Las hacía morir entre tormentos.

En tal conflicto, tiritando entonces,
Ante el Dios acordaron presentarse;
Y al verse nuevamente en su presencia,
Confusas principiaron á quejarse
Diciéndole: «Señor ¿por qué estos crudos
Frios nos dás que quitan la existencia?»
A lo cual respondióles: «No os entiendo,
Ni entenderos debeis, ¡Oh seres rudos!
Que en tal algarabia cada instante,
Cosas contrarias me venís pidiendo:

Queréis calor ó frio?... ¿en qué quedamos?»

Y ellas le contestaron con blandura:

«Ni la calor ni el frio nos conviene;

Por lo cuál solo ansiamos,

De una primaveral temperatura

Disfrutar, por la cuenta que nos tiene.»

Y el malicioso Dios que las oía,

«Conque queréis, repuso, primavera?

No me parece malo vuestro gusto,

Pero yo no creía

Que vuestra perspicacia conociera,

De un modo tan perfecto, lo que es justo.

Y pues que conoceis cuando os agrada

Que *el medio* es lo mejor. (Puesto que el medio

De estaciones tratando es la templada

Primavera en que se halla el gran remedio,

De todos vuestros males), yo os exijo,

Si como ansiáis os he de hacer dichas,

Lo que exigís de mí sin derecho alguno;

Y es que en un plazo fijo

Ser procureis virtuosas,

Caer en los extremos evitando

Y un justo medio en todo practicando.»

Así el tonante Dios habló á las bestias,

Que comprendiendo entonces sus delitos,
Rienda soltando á su dolor profundo,
Entre un infierno de atronantes gritos,
Para sufrir aun mas las infelices,
Hambre, frio y calor, al triste mundo
Volvieron con tres palmos de narices.

Esto pasó á las bestias, niño amable;
Y si no ha de pasarte á tí lo propio,
Practica en cuanto fuese practicable
Aquesta sábia máxima que copio:
*«Virtud está en el medio como en quicio,
Y siempre en los extremos anda el vicio.»*

II.

EL LOBO Y EL PASTOR.

Segun dice cierto cuento,
Si no lo recuerdo mal,
Iba por un matorral
Fatigado un lobo hambriento.

—

Y añade, que con pavor,
Dentro de una choza vieja,
Vió que á cierta pobre oveja
Descuartizaba un pastor.

—

Al verlo, todo mohino
Diz que dijo haciendo el bobo:
—«¡Hola! no es tan solo el lobo
Del rebaño el asesino!»

Y con despecho añadió:
«¡Mal guardador del ganado,
No hubieses tú poco hablado
Si lo hubiese muerto yo!»

*Cual el lobo has de saber
Niño, si quieres ser bueno,
Que hay quien vé el delito ageno
Y no suele el suyo ver.*

III.

LAS DOS MARIPOSAS.

Juntas habitaban
En una arboleda,
Dos mariposillas
Fieles compañeras.
La una era jóven,
Y la otra vieja;
Las dos se querian,
Pero muy de veras;
Mas la jovencita
Que era muy traviesa,
Nunca sosegaba,
Siempre estaba inquieta;
Deseaba *algo*

Y feliz no era,
Pues no puede serlo
Quien algo desea.
Un día de estío,
Y á la hora aquella
En que con sus rayos
El sol nos calienta,
Digo, nos abrasa,
Dirigió la vieja
A su amiga jóven
Las palabras estas:
«Díme, amiga mia,
Díme, compañera,
¿Qué tienes, qué tienes?
Dilo con franqueza:
Te veo muy triste;
Saber yo quisiera
Tu aficción, tan solo
Por calmar tus penas.»
A lo que la jóven
De aquesta manera
Contestó: «Mi amiga,
¿Lo quieres? Pues sea:
De vivir me canso

En esta arboleda;
Tambien me fastidian
Los montes, las selvas,
Los cerros, los llanos,
Los prados y huertas;
Las flores y fuentes,
Que á tí te embelesan,
Prodúcenme hastío,
Me causan jaqueca.
Yo anhelo con ánsia
Volar á otra esfera!
Me voy, pues, amiga,
No esperes que vuelva;
Adios para siempre;
Abur, compañera.»
Y el rápido vuelo
Levanta, se eleva,
Y sube mas alto,
Y al cielo se acerca;
Y en tanto su amiga
Que todo lo observa,
Al ver como sube
Así se lamenta:
«Inocente.... baja;

No subas, tontuela!....
El sol quema mucho;
Tus alas son tiernas;
Muy caro tu ascenso
Costarte pudiera!....
Mas ¡ah! que mis voces
A tí ya no llegan!
¡Ya en vano consejos
Te dá la experiencia!
¡Me oíste sin duda!
¿Desciendes ligera?
¡Ven, amiga mia;
Llega pronto, llega!....
¡Mas.... cae rodando!
¿Qué veo? ¡No vuela!
Voy á recibirla,
Voy á socorrerla »
Así por su amiga
Pasando gran pena,
Así sollozando
Clamaba la vieja.
Do estaba la jóven
Voló con presteza
Y hallóla.... muriendo....

Mejor dicho.... ¡muerta!

El sol abrasòla,

¡Oh suerte funesta!

Esto es lo que pasa

Con mucha frecuencia,

Al que es ambicioso

Si no se modera.

IV.

EL CIERVO Y LA FUENTE.



(Pensamiento de Esopo.)

Bebiendo en una fuente
Un día un ciervo,
En sus claros cristales
Miró sus cuernos,
Y vanidoso
Esclamó al mismo instante;
—«¡Son muy hermosos!»

—

Mas toda su alegría
Trocóse en rabia,
Cuando vió en los cristales
Sus piernas largas,
Y con soberbia
Esclamó al mismo tiempo:
—«¡Malditas sean!»

De súbito en el monte
Oyóse el eco
De una trompa de caza,
Y al punto el ciervo
Huyó veloce,
Perseguido por perros
Y cazadores.

Ya casi de sus garras
Se hallaba fuera,
Merced á lo muy ágiles
Que eran sus piernas,
Cuando ¡oh desgracia!
Se enredraron sus cuernos
Entre unas ramas.

En vano por librarse
Esfuerzos hizo,
Pues llegaron ligeros
Sus enemigos,
Y mal su agrado,
Con ellos á una quinta
Se lo llevaron.

—
Al verse en tal estado
Esclamó el ciervo:
—«¡Yo que todo el orgullo
Cifré en mis cuernos,
Y ellos han sido
La causa de que ahora
Esté cautivo!»

—
Grabad en la memoria,
Niños hermosos,
La moral de la fábula
Que escribió Esopo;
Tened presente
*Que no siempre lo bello
Ser útil suele.*

V.

EL CAMINANTE Y EL ARBOL.

Sus pasos dirigía un caminante
A no sé que ciudad,
Cuando en un despoblado sorprendióle
Muy récia tempestad.

—

Los densos nubarrones despedían
Agua con profusion;
El trueno retumbaba en el espacio
Cual tiro de cañon.

—

Del rayo asolador veloz cruzando
La flamígera luz,
Rasgaba del cubierto firmamento
El lúgubre capuz.

Calado de agua el caminante iba,
Y apenas lo observó,
Do cobijar su remojado cuerpo
Con avidéz buscó.

Un árbol muy copudo vió tan solo
En el parage aquel;
Todo estaba desierto.... el caminante
Corrió entonces á él.

De súbito paróse.... un pensamiento
No le dejó seguir,
Y bañándose mas y tiritando
Se puso á discurrir.

«¿Qué hago? se decía, no conviene;
Pudíerame costar,
Pues los árboles llaman á los rayos
De un modo singular.»

El árbol con sus ramas parecía
Decirle: «Amigo ven.»
Y el cauto caminante contestaba:
«Tus mañas sé muy bien.»

Ofreciéndole el árbol insistía
Su abrigo bienhechor,
Y continuaba el caminante esperto
Diciendo: «No señor,

Yo prefiero mojar-me; gracias, gracias,
Nada quiero de tí;
¡Hasta la vista, abur!» y en el momento
Partió, se fué de allí.

Muy poco trecho caminado había,
Un rayo vió caer,
Volvió la vista con terror y.... ardiendo
El árbol pudo ver.

Doblando las rodillas, á la Virgen
Sus preces dirigió;
Levantóse despues y con sosiego
Su marcha prosiguió.

¿Qué le valió la vida al caminante?
El riesgo abandonar,
De que atrae los rayos todo árbol
La idea al recordar.

No juzguemos jamás por la apariencia
Pues veces mil y mil,
Acontece que un cuerpo candoroso
Oculta un alma vil.

Otras veces sucede lo contrario,
Hallamos dulce miel,
Donde acaso pensábamos ponzoña
Hallar, ó amarga hiel.

Antes de hacer las cosas meditemos
Con mucha detencion
Pues vemos que nos es perjudicable
Obrar sin reflexion.

VI.

LA PELUCA.

En castigo, tal vez, de sus delitos,
(Tu opinion ¡oh, lector! dejando á salvo.)
Dios consintió que el hombre fuese calvo
Y hubo en el mundo calvos infinitos.

Parecióle el ser calvo un tanto feo,
Y ocultar pretendiendo su mollera,
Vanidoso inventó la tapadera,
Nominada «peluca» segun creo.

Mas así que la calva hubo tapado
Equivocó sus cálculos de modo,
Que pensando engañar al mundo todo,
Solo así mismo se engañó el menguado.

Y aqui verás, lector, que al hombre copio:
Con peluca cubriendo su conciencia
Engañar suele al mundo en la apariencia
Forjando en realidad su engaño propio.

VII.

LOS DOS RELOJES.

Un día que nublado
El cielo estaba,
Al reloj de sol, dijo,
El de campana:
—«Díme, buen compañero,
¿Qué hora marcas?»
Y el de sol contestóle:
—«¡Vaya una gracia!»
¿No sabes que no puedo,
Si el sol me falta,
Indicarte las horas
Que él me señala?»

—«Pues, añadió al instante

El de campana:

Un servicio que prestas

No vale nada.

Yo, amigo, presto varios,

Con la ventaja,

De que tienen, sin duda,

Mucha importancia;

Las horas que transcurren

Digo en voz alta:

Tin! Tin! Tiu! Tin! las cuatro

De dar acaban.

Minuto por minuto

Mi esfera marca,

Y de música toco.....

—«Piezas muy malas!»

Notando que las nubes

Se desipaban,

El de sol replicóle

Con arrogancia:

—«Ya sale el sol, replijo,

Las cuatro dadas

Tú me dijiste que eran;

Y ahora callas,

Porque las tres y cuarto

Ves que señala,

Este reloj, que ha poco

Tú despreciabas,

Como tú fátuamente

Hay quien se jacta

De saberlo hacer todo,

Y no hace nada,

Que, siendo de provecho,

La pena valga.

Por lo cual, buen amigo,

Conviene que hagas,

Pocas cosas y buenas,

No muchas malas;

Pues aprieta muy poco,

Quien mucho abarca.

VIII.

LOS DOS PERROS.

En la falda de unos cerros
De un valle de Andalucía,
Se encontraron cierto día
Por casualidad dos perros.

—

Ambos al verse ladraron
Como quien dice: «¡Hola! ¡hola!»
Y meneando la cola
Con recelo se miraron.

...

Era el mas viejo un mastin
De aspecto sañudo y fiero,
Y un inesperto faldero
El perro mas chiquitin.

—«¿Dónde vas?»—con torvo ceño
El primero preguntó,—
Y el segundo contestó:
—«Voy huyendo de mi dueño.»

«¿Te trata mal?»—«No en verdad,
Con excesivo cariño,
Pero yo que no soy niño
Vivir quiero en libertad:

Que es muy triste condicion
Estar en casa guardado,
Como un pájaro encerrado
En su dorada prision.»

—«Cual tú no quise sufrir
De mi dueño el blando yugo,
Abandonarle me plugo
Y fuí al desierto á vivir.

—
Sufrió muchas privaciones,
No lo negaré en verdad,
Pero estando en libertad
Dispongo de mis acciones.»

—
—«De la libertad en pos
Corro tambien al desierto.»
—«¡Adios, faldero inesperto!»
—«¡Adios, perro viejo!» — «¡Adios!»

—
Trás de correr desalado
Llegó al desierto el faldero,
Mas en él un lobo fiero
Despedazò al desdichado.

*Pobre del que su destino
Va á otra parte á mejorar,
Pues por doquiera ha de hallar
Cien leguas de mal camino.*

IX.

LA LUCIÉRNAGA Y LA VIVORA.

Es una noche de Mayo,
Noche de Mayo tranquila,
Y sobre el césped que sirve
De alfombra á la selva umbría,
Donde es todo oscuridad,
Una luciérnaga brilla.
Una vívora la acecha
En la espesura escondida,
Y arrastrando por el suelo,
Poco á poco se aproxima,

Hasta que á trecho la tiene,

Y con saña cruel la pica.

«¡Ay!» la luciérnaga esclama,

Apenas se siente herida.

«¿Por qué me matas?» pregunta.

¿Por qué me matas, inícuo?»

Y la vívora responde

Con afectada sonrisa:

«¿Por qué ha de ser inocente?»

¿Por qué ha de ser? — *Porque brillas.*»

X.

LA LIEBRE.

Cazadores
Y lebreles,
Perseguian
A una liebre,
Que corriendo,
Por su suerte,
Vió una zarza
Do esconderse.

Pronto en ella

La tal liebre,

Internóse

Diligente;

Y así libre

Pudo verse

De las garras

De la muerte.

Mas entrando

De repente

En la zarza,

Esta, aleve,

Desgarróle

Todo el vientre,

Y ella dijo

De esta suerte:

«¿Por qué, zarza,
Si me ofreces
En tu seno
Un albergue
Que me libra
De la muerte,
Con tus punzas,
Mí, ¿me hieres?»

*Cual la zarza,
Muchas veces,
Aunque amparo
Nos ofrecen,
Sus favores
Ciertas gentes
Dar no saben
Si no hieren.*

XI.

EL ARRIERO Y EL ZARZAL.

Por una estrecha senda
Diz que iba un arriero,
Con muchísima calma
Llevando del ronzal un burro viejo.

Cuando sintió de pronto,
¡Voto al chápiro negro!
Que un zarzal con sus punzas
Pedazos el calzon le estaba haciendo.

Volviéndose al instante,
De pesadumbre lleno,
«Suelta, gritóle, suelta,
¿Atrevido zarzal, qué es lo que has hecho?»

Y el burro que escuchaba
De su amo los lamentos;
No os extrañeis, le dijo,
Pues tiene por costumbre el hacer eso.»

«De harapos que recoge
Vestirse no pudiendo,
Conténtase tan solo
Con desgarraros el vestido vuestro.»

Hay muchos criticones
Como el zarzal soberbios,
Que acaso por envidia
Rasgan sin compasion todo lo ageno.

*¿Quereis contra los tales
Hallar fácil remedio?
Pues recibid sus dardos
Con la fuerte coraza del desprecio.*

XII.

JUSTO CASTIGO.

Al cielo, con coraje,
Escupió un mozo,
Y su propia saliva
Cayóle al rostro.
El hombre inticuo
Que á su prógimo infama
Se infama él mismo.

XIII.

EL VIEJO Y LA MANZANA.

De un manzano á la sombra, cierto dia,
(Sino recuerdo mal, era en verano),
Tranquilo meditaba un buen anciano,
Y allá para sí mismo se decia:
«No puedo comprender, por vida mia,
Que haya puesto de Dios la sabia mano,
Un fruto tan pequeño en un manzano
Que sostener melones bien podria.»
Del árbol hizo desprender el viento

Una manzana entonces, y en la frente
Le dió al anciano, quien pausadamente,
«Me aplasta si es melon,» dijo al momento.
*Necio es el hombre que en su ciencia vana,
A Dios se atreve á corregir la plana.*

XIV.

LA ADULACION.

Segun cuentan, de ordinario
Su procurador tenia
En la casa do vivia,
Cierta señor millonario
Que en Madrid se divertia.

—

Era el tal tan calavera,
Que sin precision alguna,
Pasaba la vida entera
Malgastando por doquiera
Su salud y su fortuna.

—

Pero su procurador,
Por lograr su beneficio,
Instábale adulator
Para que presa del vicio
Siguiese el pobre señor.

Y sucedió en conclusion,
Que tras de gastar mil sumas
Quedóse el tal ricachon
Como el gallo de Moron,
Cacareando y sin plumas.

En tanto el procurador
Que sin vergüenza y decoro
Fué servil adulator,
Quedóse en parte del oro
Que derrochó su señor.

*Jamás los seres perfectos
Escuchan la adulacion;
Porque saben, con razon,
Que el que aplaude sus defectos
Desea su perdicion.*

XV.

LA ROSA ENVANECIDA.

Pagada de su hermosura

Una rosa muy hermosa,

«Yo soy una hermosa rosa,»

Dijo á un monton de basura.

Y añadió el monton: —¡Oh, sí!

No es el negarlo prudente;

Mas contesta francamente,

¿Qué serias tú sin mí?

XVI.

EL NIÑO CRUEL.

Un muchacho muy travieso
Por divertirse tan solo,
Maltrataba á un pobre pájaro
Una mañana de Otoño.

—

El padre del tal muchacho
Que era un viejo bondadoso,
Viendo sus malos instintos
Reprendióle de este modo:

—

—«No hagas daño al animal,
Reflexiona, niño loco,
Que el maltratar á los débiles
Solo es de cobardes propio.»

Pero el travieso muchacho,
A tales palabras sordo,
Con un alfiler al pájaro,
Pinchaba cruel los ojos.

Por castigar tal maldad
Permitió Dios que de pronto
Diese el ave á su verdugo
Un picotazo en el rostro.

Lleno de dolor el niño
Prorrumpió en amargo lloro,
Y su buen padre severo
Le consoló de este modo:

Y PERLAS.

—«Mitiga, niño, tu llanto,
Y reflexiona que solo
Tal castigo ha sido obra
De Dios Todopoderoso.

El que rige los destinos
Del mundo, desde su trono,
Permitió para tu enmienda
Ejemplo tan provechoso.

Piensa que si á tí el dolor
Verter te hace amargo lloro,
¡Que dolor sintiera el ave
Al pincharle tú los ojos!

El obrar bien, hijo mio,
Es cosa que cuesta poco;
Hacer daño á un animal
Es innoble è indecoroso.

Si quieres para tu bien
Ser respetado de todos,
Lo que para tí no quieras
No quieras para tu prógimo.

XVII.

EL MONO Y EL JUNCO.

Dijo un mono bullanguero
Jugando con un junquillo:
«Es tan endeble y sencillo
Que de él hago lo que quiero.»

Contra el suelo le apoyaba;
Le doblaba con donaire;
Ya le batía en el aire,
Ya un arco con él formaba.

Sufria el junco flexible,
Pero, al fin, sintiendo enojos
A nuestro mono en los ojos
Le soltó un golpe terrible.

*Del humilde, ni aun por chanza,
Nunca el ódio provoquemos,
Pues cuando no lo pensemos
Puede hallar justa venganza.*

XVIII.

EL NIÑO INDOLENTE.

A notar llegó una anciana
En un nieto que tenia,
Que al mandarle algo decia:
—Mañana lo haré, mañana.
Nunca el pequeño con gana
Se hallaba de trabajar,
Y queriéndole quitar
Costumbre tan perniciosa,
Esta leccion provechosa
Su abuela le supo dar.

Un pequeño árbol compró
Sin fruta alguna por cierto,
Y de su casa en el huerto
La anciana lo trasplantó;
Después al nieto llamó
Diciéndole:—Necesito
Que cuides de este arbolito.
Y le riegues muchas veces,
Que él te pagará con creces,
Dándote fruto esquisito.»

—
Bien al niño parecióle
Lo que le dijo la anciana:
Pero—ya lo haré mañana,
En seguida contestóle,
La anciana calló, dejóle,
Hízose la indiferente,
Mas en el día siguiente
Repitióle con cariño:
—Vé á regar el árbol, niño
No seas tan indolente.

—

Asi un dia y otro dia
Sin sentirlo se pasaba,
Y ya el árbol se secaba
Pues muerto de sed yacia;
La anciana con energia
Al fin al nieto llamó,
Y llena de agua le dió
Una verde regadera,
Para que enseguida hiciera
Lo que siempre le ordenó.

—

Entonces fué cuando al huerto
Corrió el niño presuroso
Y encontró el árbol hermoso
¡Deshojado, mustio, muerto!
De llanto el rostro cubierto
Volvióse el niño á su abuela,
Y esta que tan solo anhela
Darle una leccion al niño,
Sin demostrarle cariño
Su triste pesar consuela.

—

Sin promoverle disputa
Despues de lo sucedido,
—Hijo, no has obedecido
En seguir la mejor ruta,
Y te quedas sin la fruta
Que despertaba tu gana,
—Dijo, y añadió la anciana:
Un consejo, pues, te doy:
Bien que puedas hacer hoy,
No aguardes para mañana.

XIX.

EL FISICO Y EL RAYO.

Desde un observatorio contemplaba
La tempestad un físico profundo,
Y al mortífero rayo preguntaba:
¿Por qué destruyes, sin conciencia, al mundo?

—

«¡Ah! contestóle el rayo, no replico;
Ciertamente que hiero á los mortales,
Mas la atmósfera limpio y purifico
Y se libran por mí de muchos males.»

—

«Si eso es verdad, el físico repuso,
Ya que tu mal ¡Oh, rayo! un bien devenga,
Digo, á la par que mi ignorancia acuso,
No hay mal alguno que por bien no venga.»

XX.

EL RICO SOBERBIO.

En un pueblo cuyo nombre
No recuerdo ahora muy bien,
Residia hace algun tiempo
Un hidalgo portugués.

Era el tal tan opulento
Y era tanto su poder,
Que á nadie envidiar podia
En blasones y altivéz.

Orgullosa de su rango
Tan soberbio llegó á ser,
Que tratar solia al pobre
De una manera cruel.

Un día que por el campo
Corriendo á mas no poder,
Cabalgaba el tal hidalgo
En su soberbio corcel,

Vió cruzarse en su camino
A un viejo indigente que
Le dijo de esta manera:
—«Del pobre piedad tened.»

—«¡Aparte el villano! ¡aparte!—
Repuso con altivez,—
Deje espedito el camino
O tiemble de mi poder.»

Y clavando las espuelas
En su indómito corcel,
Atropelló al pobre anciano
El cual le dijo á la vez:

—«Permita la Virgen Santa,
Caballero portugués,
Que antes de acabar tus dias
Llegues pordiosero á ser.»

De la maldicion del pobre
Burlóse el rico cruel,
Mas tanto gastó que al cabo,
Quedó pobre á la vejez.

Entonces de puerta en puerta
Pidiendo limosna fué,
Y al relatar su desgracia
Decia así alguna vez:

—«No desprecies nunca al pobre
Aunque poderoso estés,
Que nadie puede decir,
De esta agua no beberé.»

XXI.

LAS FLORES.

Enseñando á que volvamos
Por las ofensas favores,
Nos regalan con olores
Las flores si las ajamos.

¡Oh, que buenas son las flores!

¿Por qué no las imitamos?

XXII.

SEMILLA Y FRUTO.

Niño, ¿ves al campesino
Que en su rústica faena
La semilla vá sembrando
En el seno de la tierra
Para recojer mas tarde
Una abundante cosecha?

Como el campesino tú
Vé sembrando en tu alma bella
La virtud inmaculada,
Y en esta vida ó la eterna
Recojerás, no lo dudes,
Mil bienes por recompensa.

XXIII.

EL HOMBRE Y EL RELOJ.

«¡Es muy curioso el reloj!»
Decía un hombre una vez,
Que, deseando saberla,
Miraba la hora en él.

—
Y el reloj al escucharle,
Lleno de digna altivez,
Contestó: «¡Calle! el *curioso*
Será, á no dudarlo, usted.»

—

«¿Por qué? replicóle el hombre,
Y el reloj dijo: «Por qué?
Porque siempre está mirando
Para saber qué hora es.»

—

Con lo cual medio corrido
Se debió el hombre de ver,
Puesto que al punto cerróle,
Y cabizbajo se fué.

—

*Si no quieres, lector mio,
Que te afrenten como á él,
Nunca tus vicios achaques
A ningun hombre de bien.*

—————

XXIV.

LA GALLINA Y LA PERLA.

(PENSAMIENTO DE ESOPPO.)

Escarbando una gallina
En un sucio muladar,
Con asombro singular
Se encuentra una perla fina.

—

—«¡Rica joya! al verla esclama;
Yaces aquí con desdoro
Mientras que montones de oro
Diera por ti alguna dama.

—

En cuanto á mí nada gano
En poseerte; á fé mia,
Gustosa te cambiaria
Por un mísero gusano.

Te miro, pues, con desprecio
Que una alhaja en mi poder
Es lo mismo que poner
Un libro en manos de un necio.»

XXV.

LA FUENTE.

Corre una fuente ligera;
Y, aunque es murmurar su vicio,
Presta al campo beneficio
Sin que murmure siquiera.

Si por gala al pobre dás
Limosna, como otros cien,
A hacer con sigilo el bien
De la fuente aprenderás.

XXVI.

LA MANCHA DE ACEITE.

Si una mancha de aceite
Cae en la tierra,
Por mucho que se lave
Siempre *algo* queda;
De la calumnia,
Es el mas fiel retrato,
No se vá nunca!

XXVII.

LAS FLORES Y EL VIENTO.

Crecian hermosas flores
Del verjel en el confin,
Y hablaban de sus amores,
Exhalando sus olores
Que embalsaman el jardin.

—
—La mas amada yo soy
Flor que en salones habita,
Dijo la rosa, y me doy
Honores de favorita.

—

Y replicó una azucena:

—Sin igual es mi hermosura

Y me quieren por lo buena

Lo mismo que por lo pura.

—
Y así hablaba cada flor
Ensalzando su belleza,
Su fragancia, su color,
Su gracia, su gentileza,
Su virtud y su candor.

—
Todas en sus expansiones
Espresaban ilusiones
De un dichoso porvenir...
Mas los fieros aquilones
Comenzaron á rugir.

Y fieros, sin compasion,
Sembrando la destruccion,
Los verjeles invadieron,
Y á las flores destruyeron
Y á sus sueños de ilusion.

Niña, jamás ambiciones
Esos pasajeros dones
Que el tiempo borra despues:
Flores son las ilusiones
Y el tiempo el aquilon es.

XXVIII.

EL ORGULLO.

Los embates del viento

Un fuerte roble,

Desafiaba altivo

Encierto bosque,

Y con soberbia

Al vendabal decia

De esta manera:

—«Silva, necio, en buen hora,

Silva iracundo,

Nada contra mí puede

Tu empuje rudo;

Es pues en balde

Que destruyas las hojas

De mi ramaje.

—

Esparce por el suelo

Mis secas hojas,

Gózate en arrastrarlas,

Nada me importa,

Pues tras las nieves

Brotarán en mi tronco

Otras mas verdes.

—

Téman tu rudo empuje
Los arbolillos
Que resistir no pueden
Tu soplo frio;
Yo no te temo,
Pues muy hondas raices
Eché en el suelo.

—

Silva, necio en buen hora,
Silva iracundo,
Nada contra mi puede
Tu embate rudo;
¡Empeño tonto
Es pretender al suelo
Tirar mi tronco!

—

Sigue, viento maldito,
Por esos bosques
Derribando por tierra
Los tiernos robles;
Yo entanto altivo
Me reiré de tu cólera
Siempre aquí erguido.»

Del roble los insultos
Escuchó el aire,
Sin proferir palabra,
Sin inmutarse;
Mas cuando el roble
Guardó por fin silencio,
Le dijo entonces.

—«Ten tu lengua, insensato,
No me provoques,
De tus fuerzas alarde
Haciendo torpe;
Piensa y repara
Que tu orgullo á los cielos
Pide venganza.

El árbol mas pequeño
Y el mas gigante,
Son ante el Ser Supremo
Ambos iguales;
¡La misma mano
Dió vida á los leones
Que á los gusanos!»

Calló el viento y al punto
Soplando recio,
Al roble con su empuje
Derribó al suelo;
Y de este modo
Vió el árbol castigado
Su orgullo tonto.

Nadie, tiernos lectores,
En este mundo,
De su grandeza debe
Tener orgullo;
*¡Que un mismo viento
Derriba al roble débil
Que al roble recio!*

XXIX.

LA LUNA, LA ESTRELLA Y LA NUBECILLA.

La noche serena estaba,
Y en el cielo se ostentaba
La luna tan refulgente,
Tan pura, tan trasparente,
Que de nácar parecía,
Eclipsarla pretendia
Por envidia ¡Tontecilla!
Una negra nubecilla,
Por demás fea y oscura,

«Háse visto tal locura!»

Viéndola exclamó una estrella,

Que estaba muy cerca de ella.

«¡Ah! Nubecilla envidiosa!

¿Por qué trabajas ansiosa,

Si en tu afán no has de lograr

Á la luna avasallar?....

Nada, nada lograrás!

Sin duda olvidado habrás,

En tu osado y fuerte empeño,

Que contra el grande, el pequeño

Nada puede, nada es;

Mira, mira ¿tu no ves

Como todas una á una,

Viendo el brillo de la luna,

Las estrellas presurosas

Se ocultan y son hermosas?..

¿Por qué tú, que fea eres,

Colocarte ante ella quieres?

¡Vamos, no seas tan necia!

¿No vés como te desprecia?
Déjate de porfiar,
Que si llegas á eclipsar
Su brillo por un momento,
(¡Ay nube! Cuánto yo siento
Tenértelo que decir!)
Ella volverá á lucir,
Y entonces tú, desdichada,
Serás reducida.... á nada!»
Con efecto, fué cubriendo,
Y su brillo oscureciendo,
La nube á la luna bella;
Al mismo la estrella,
«¡Infeliz, has conseguido
Tus fines y te has perdido!»
Dijo gritando á lo sumo,
Y la nube como el humo
Se disipó prontamente;
Con lo cuál mas esplendente
Libre ya de su importuna,

Brilló de nuevo la luna,
Y fué desde su alta esfera
Luz vertiendo en su carrera.

—

Creo que habrás ya entendido
De esta fábula el sentido;
Visto habrás, amigo Fábio,
En la luna al hombre sabio;
En la estrella la razon
Y la noble emulacion;
Y en la nube y su perfidia
La execrable y vil envidia.
Conque así, querido amigo,
Está tu beneficio, digo,
Que al hombre sábio veneres
Y le admires, si es que quieres

Ser de todos apreciado,
Bien querido y respetado;
Solo emulacion tendrás
Al sabio, envidia jamás.

XXX.

LA NIÑA Y LA MANZANA.

Entró una niña en un huerto
Y con alegría halló,
En el suelo una manzana
Que arrojó el viento feroz.

Recojióla presurosa
Y á su padre la mostró,
Prendada de su fragancia
Y de su hermoso color.

Pidióle el padre á la niña
La fruta, y sin dilacion
Con un cuchillo de acero
Por en medio la partió.

Ya partida, vió la niña,
Con disgusto y con dolor,
Que tenia la manzana
Corrompido el corazon.

Tal circunstancia el buen padre
Aprovechar deseó,
Para enseñarle á su niña
Una instructiva leccion.

Cojió al punto la manzana
Y la niña se la dió,
Diciéndola al mismo tiempo
Con dulce y tranquila voz:

—«Esta manzana, hija mia,
Que te engañó con su olor,
Te muestra un ejemplo vivo
De lo que los hombres son:

Fascinan con sus palabras,
Virtud finjiendo y candor,
Siendo así que muchos tienen
Corrompido el corazon.»

XXXI.

ILUSION Y REALIDAD.

Por la pradera
La mariposa,
De rosa en rosa
Saltando vá.

Jugueteando
Alza su vuelo,
Se eleva al cielo,
Mil vueltas dá.

Luego descende
Con gracia suma;
Cuál leve pluma
Bajar se vé.

Posa en el cáliz
De una flor que ama,
Y en cuya rama
Colúmpiase.

Un tierno infante
Viéndola bella,
Con ánsia de ella
Lánzase en pos.

Mas el insecto
Burla su aliño,
Y exhala el niño
Un triste, «Adios!»

Toma á pararse;
Sigue él su empeño;

Corre risueño
Donde ella está.

Vá de puntillas;
Tiende la mano,
Cójela ufano,
Y esclama! ¡«Ah!»

Llama del triunfo
Para testigos,
De sus amigos
Á mil y mil.

—«Ved,» dice á todos;
Abre su diestra,
Y un poco muestra
De polvo vil.

Truécase en polvo,
Materia odiosa,
La mariposa
De la ilusion.

Y al soplo vuela
De un viento extraño,
¡Cruel desengaño
Del corazón!

XXXII.

EL AMOR PROPIO.

Una noche de estío
En que la luna,
Con su luz nacarada
La tierra alumbra,
Junto á un arroyo
Del campo de Valencia,
Llegan dos mozos.

Del arroyo á la orilla
La yerba umbrosa,
Proyecta sobre el agua
Su oscura sombra,
Y mas estrecho
Parece por lo tanto,
El arroyuelo.

—«Voy á saltar el agua»
Esclama un mozo,
—«Piensa bien lo que haces,
Responde el otro,
Mide tu fuerza
No sea que no alcances
La orilla opuesta.»

Sin oír tal consejo
El imprudente,
Muy ufano el arroyo
Saltar pretende,

Pero en su fondo
Por la sombra engañado
Cae el muy tonto.

Lector, en tales casos
Bueno es que sepas,
Que debes ante todo
Medir tus fuerzas;
¡Pues es notorio
Que á veces nos engaña
El amor propio!

XXXIII.

EL ALDEANO Y LA LUCIÉRNAGA.

Por la huerta montado en un pollino
Despues de trabajar toda una tarde,
Iba cansado un aldeano jóven
El reposo á buscar en sus hogares.

Era la noche oscura y silenciosa,
Y queriendo evitar algun percance,
Llevaba el aldeano una linterna,
Chisme muy útil para bien guiarse.

Á la sazón andaba cavilando
Por mejorar su suerte miserable,
Cuando vió sobre el musgo vendi-negro
Un objeto brillar como un diamante.

Del pollino bajando prontamente
Dirigióse á cojerlo sin tardarse,
Y acercando la luz de su linterna
Solo halló un gusanillo despreciable.

*La virtud y el talento de los hombres
Desde cerca debieran apreciarse,
Porque muchos que brillan desde lejos
Bien mirados de cerca nada valen.*

XXXIV.

EL NIÑO LABORIOSO,

Un niño por vez primera
Unos dátiles comió,
Y gustándole plantó
En su huerto una palmera.

—
Viéndolo un agricultor
Trabajar con tanto anhelo,
Acercóse al pequeñuelo
Y le dijo con amor:

—

—«¿Qué haces, niño alucinado?
Mucho tiempo ha de pasar
Para que te llegue á dar
Fruto el árbol que has plantado.»

—«¿ De esperar qué perderé?
—Repuso el niño al consejo,
Ya el fruto recojeré
Que siendo jóven planté,
El día ^{en} que sea viejo.»

XXXV.

LAS DOS MANOS.

Cierto día del año
La mano diestra,
Con altivéz y orgullo
Dijo á la izquierda:
«¡Ay! mi vecina,
De vivir á mi lado
No eres muy digna.»

Y PERLAS.

113

«Á tu señor y dueño
De nada sirves;
Eres torpe, holgazana,
¿Qué mas se pide?
Te lo confieso,
Francamente, vecina,
Yo... ¡te aborrezco!»

—

Frases tan insolentes
La izquierda mano
Oyó sin enojarse,
Ni hacerla caso,
Ni una palabra
Contestóle siquiera,
¡Prudencia santa!

—

Mas en esto ocurrióle
Alzar del suelo
Al dueño de las manos
Un grande cesto;
Pesaba mucho,
Y alzarlo con la diestra
Sola, no pudo.

—

Comprendiendo que aquello
No era posible,
De ambas manos entonces
Quiso servirse;
Y en sus costillas
Con las dos el gran cesto
Cargó enseguida.

Lo cuál viendo la diestra
Avergonzóse,
Y á la izquierda afrentada
Perdon pidióle:
Esta le dijo
Lo que sigue: «Vecina,
¡Justo castigo!»

—
«Á ti que me desprecias
Sin merecerlo,
De este modo te han dado,
Ya un buen egemplo;
Para que sepas
Dar siempre á cada uno
Lo que merezca.»

—

*Cosas que nos parecen
De poca monta,
Son útiles á veces
Y provechosas.
¡Oh! nunca olvides
Que no hay inútil nada
De cuanto existe!*

XXXVI.

LOS DOS LABRIEGOS.

Rendidos del cansancio del viaje,
Al caer una tarde del estío,
Por una selva umbrosa y solitaria
Seguían dos labriegos su camino.

La fortuna ambos iban maldiciendo
Que á la pobreza condenarlos quiso,
Cuando de pronto sobre el blando césped
Encontróse uno de ellos un bolsillo.

—«¡Es oro!...—dijo loco de contento
Mostrando al compañero el contenido
De la bolsa,—¡Es dinero!...Me depara
La fortuna la dicha de ser rico!...

Con el dinero este que poseo,
Y que nadie negar puede que es mio
Supuesto que lo hallé, con opulencia
Voy á vivir desde mañana mismo.

Él me abrirá las puertas de la dicha
Goces, proporcionándome infinitos,
Mesa abundante, confortables trajes,
Lujosos trenes y otros atavíos.»

—«¡Desecha esa ilusion!—su compañero
Dijo despues de oirle,—Ese bolsillo
Que has hallado no es tuyo, pues es lógico
Que alguno en esta selva lo ha perdido.

Por lo tanto, á poblado apenas llegues
Debes buscar al dueño con sigilo,
Y en el caso que el tal no apareciera,
El oro que hay en él partir conmigo.»

—«¡Partir mi capital! ¿Y por qué causa?»
—«Conmigo lo has hallado, y creo lícito
Que si su dueño al cabo no aparece
A los dos el hallazgo nos dé alivio.»

—«¿A los dos? ¡Te equivocas! Yo tan solo
Del lugar donde estaba lo he cojido,
Y pues la suerte *si mi me lo depara*
~~lo puso ante mi paso,~~
Nadie puede, en verdad, negar que es mio.»

Disputando á la vez sobre el dinero
Siguieron los labriegos su camino,
Pero en lo mas espeso de la selva
Sosprendióles el ¡alto! de un bandido.

—«¡Ayúdame, por Dios, en este trance,
Porque si nó los dos somos perdidos!»
De súbito exclamó, de terror lleno,
El infeliz labriego del bolsillo.

—«¿Los dos?—repuso el otro—¡Te equivocas!
¡Tú eres solo el que aquí corres peligro!
¡Yo á nadie en este sitio temer debo
Pues ningun capital llevo conmigo!»

Y despues de decir estas palabras
Presuroso alejóse de aquel sitio,
Sin proteccion dejando al compañero
Que asesinado fué por el bandido.

*El que cuando la suerte le sonrie
Solo piensa, lectores, en sí mismo,
En las contrariedades é infortunios
Nunca espere encontrar ningun amigo.*

XXXVII.

LA AMISTAD VERDADERA.

De una gigante encina por el suelo
Yo ví el robusto tronco,
Que ~~arrancaba~~^{arrojara} la fuerza del empuge
Del Ábrego furioso.

Y ví también la trepadora hiedra
Seguir siempre abrazada,
Al yerto tronco de la muerta encina,
¡Oh admirable constancia!

Juntos viven y mueren los amigos

Que se quieren de veras;

Pues de santa amistad los fuertes lazos,

Nunca, jamás se quiebran.

XXKVIII.

LA VIEJA Y EL ESPEJO

Arrojar la cara importa
Que el espejo no hay por qué.
Quevedo.

Una vieja al espejo se miraba
Y viendo en él las huellas que en su rostro
Dejó del tiempo la implacable mano,
Enfadada decia de este modo:

—«Es posible tal vez, cristal maldito,
Que tu continuo afan se cifre solo
En darme desazones y disgustos?
¿Por qué, dime, te portas de tal modo?....

¿Dónde están de mi tez las rosas frescas,
Y de mis labios los claveles rojos?....
¿Dónde las blancas perlas de mi boca?....
¿Dónde de mi cabeza el pelo blondo?....

En vez de reflejar en tus cristales
Como debias, mis encantos todos,
Haces mofa de mí, burlon, trocando
Mi tersa cara en arrugado rostro.

Mis beilos ojos, que la luz envidia,
Los conviertes, sin piedad, en torvos,
Y has trocado tambien en blancas canas
Mis cabellos tan rubios y sedosos.

¡Pesadas son tus bromas! Yo te juro
Que ya de mi paciencia no respondo,
Y en castigo de todos tus amaños
Tu límpido cristal con rabia rompo!»

Y diciendo la vieja estas palabras
El espejo arrojó, mas de tal modo,
Que al estrellarse este sobre el suelo
Al instante saltó á pedazos roto.

Otro espejo compró la vieja vana,
Ver deseando sus encantos todos,
Pero al mirarse vieja en vez de jóven
Sobre el suelo arrojóle con enojo.

—«Es posible! —esclamó— que en nuestros dias
Por mucho que me afane, nunca logro
Encontrar un espejo que fielmente
Refleje la belleza de mi rostro!

Quizás mentira á algunos les parezca
Lo que voy á decir, mas ahora noto,
Que el espejo, sin duda, ha variado,
Pues no es lo que era en tiempos mas remotos.

¡Pobre vieja! Ofuscada en su manía
Jamás llegó á pensar que era su rostro
El que habia sufrido variaciones,
Y no el espejo causa de su enojo.

*Hay quien atribuir suele
A las edades antiguas,
Virtudes que en las presentes
Son de muchos conocidas.
Hacen mal los que así piensan,
Pues es cosa bien sabida
De todos, que las edades
Unas tras otras varían,
Pero no así las virtudes
Porque siempre son las mismas.*

XXXIX.

LA ZORRA Y EL ALCARABAN,

Un alcaraban astuto,
—Segun contaba mi abuela—
Queriende poner á salvo
De la zorra su existencia;

Aguzó el hábil ingenio
E inventó una estratagema,
Que para ejemplo de muchos,
Bueno es que todos la sepan.

Ocultóse en la espesura
De una frondosa arboleda
Y allí esperó con silencio
A su enemiga funesta.

Vióla venir coleando,
Y cuando la tuvo cerca,
Desde su oculto escondite
Dijóla de esta manera:

—«Del alcaraban no ignoro
Que la carne al cuerpo te echas;
Pero tú no tienes, zorra,
Buen gusto para comerla.»

«¡Si tú el secreto supieses!.,.,»
—«¿Por qué no me lo revelas?»
—«No hay inconveniente; solo
Consiste en dos palabrejas.»

—«¿Cuáles?»—«Cuando por fortuna
Vayas á coger la presa,
«Alcaraban comí,» dices,
Y verás si es cosa buena!»

—«Gracias, repuso la zorra,
Te agradezco la advertencia »
Y sin ver á nadie, fuése
Con el rabo entre las piernas.

Trascurrió el tiempo, y cruzando
El alcaraban la sierra,
Cierta dia entre las garras
Cayó de la zorra aquella.

«Alcaraban comí,» dijo,
Antes que se lo comiera,
Recordando que le habian
Dado aquella gran receta.

Con lo cual para escaparse
Dando á la víctima treguas,
Esta al punto contestóle:
«Tal ley conmigo no reza.»

Y alzando el rápido vuelo
Como alma que el diablo lleva,
A la zorra con un palmo
Dejóse de boca abierta.

*Aguzá, lector, tu ingénio
Quando en peligro te veas,
Pues vemos que muchas veces
Vence el ingénio á la fuerza.*

XL.

EL AVARO Y SU TESORO.

Un viejo avaro tenia
Tanto cariño al dinero,
Que por nada de este mundo
Gastaba ni un solo céntimo.

Temiendo que su tesoro
Le robase un bandolero,
En su jardin cierta noche
Lo enterró al pié de un almendro.

Y PERLAS.

131

Su acción observó un vecino,
Y curiosidad sintiendo
De ver lo que en aquel sitio
Había colgado el viejo,

Pasadas algunas noches
Bajó con sigilo al huerto,
Y abriendo afanoso el hoyo
Encontró un tesoro inmenso.

Guardóselo el mal vecino,
Y en su lugar puso dentro
Del hoyo, un montón de piedras
De las que había en el suelo.

Al cabo de algunos meses,
Bajó el avaro á su huerto
Para añadir al tesoro
Una suma de dinero;

Y hallando piedras en vez
Del oro que había puesto,
A los vecinos el robo
Refirió, llanto vertiendo.

—«No debe quejarse, amigo,
—Interrumpióle uno de ellos—
Pues bien merecido tiene
Lo que le está sucediendo,

Siendo así que su tesoro
Entierra al pié de un almendro,
En tanto que en la mayor
Miseria está pereciendo.

¿Si de hambre, amigo, se muere
Siendo de un tesoro dueño,
Qué papel este tesoro
Le hace debajo del suelo?

Entierre usted esas piedras
En ese lugar de nuevo,
Y fórjese la ilusion
De que entierra su dinero.»

*Dios castiga á la avaricia,
Por lo tanto no debemos
Acaudalar capitales
Necesidades teniendo.*

XLI.

LA FALSA AMISTAD.

Pasé en la primavera deliciosa
Pasé por la montaña,
Y arroyuelos y fuentes cristalinas
Brindáronme sus aguas.

—

Volví á pasar en el ardiente estío;
Y fuentes y arroyuelos,
Sus cristalinas aguas me negaron,
¡Todos estaban secos!

—

Brindarnos su favor en la fortuna

Y en la desgracia hundirnos;

Tal conducta se observa en muchos hombres

Mal llamados amigos.

XLII.

LA VELA.

Siempre en tí vela encendida,
Si un instante te contemplo,
Hallo que eres vivo ejemplo
De abnegacion sin medida.
Mas si por otros tu vida
Generosamente dás;
Decir al menos podrás
Que eres la imágen ¡Oh vela!
Del sábio que se desvela
Por dar luz á los demás.

XLIII.

LAS DOS BELLEZAS.

En un pueblecillo
De nuestra montaña,
Juntas residian
Dos buenas hermanas,
Pasando entre flores
De dulce fragancia,
De la niñez bella
Las horas mas gratas.

—

Luisa y Julieta
Ambas se llamaban,
Y aunque por sus padres
Las dos educadas,
Igualmente habian
Sido, ambas muchachas,
En genio y belleza
Se diferenciaban.

Quince primavera
Julieta contaba,
Y era mas hermosa
Que las perfumadas
Flores que en Abril
El campo engalanan;
Pero su hermosura
Quedaba eclipsada
Por el mal caracter
Que siempre mostraba,
Siendo para todos

Altanera y vana,
Engreida viendo
Su belleza y gracia.

Dieziocho abril
Luisa contaba,
Y por cierto, no era
Tan esbelta y guapa
Cual Julieta, pero
En cámbio eran tantas
Sus bellas virtudes
Dignas de alabanza,
Y su dulce acento
Tanto cautivaba,
Que si no tan bella
Tenia la cara
Como la hermanita,
A quien tanto amaba,
En cámbio tenia
Mas hermosa el alma.

A Julieta Dios
Quiso castigarla
Porque de sí misma
Estaba prendada,
Y severo dióle
Para que enmendara,
Una enfermedad
Muy penosa y larga,
En la cual perdió
La pobre muchacha,
La rara hermosura
Que tanto ella amaba.

La pobre Julieta
Vertió tristes lágrimas,
Por haber perdido
Tan jóven, las gracias
Que dá la belleza;
Mas su pobre hermana
Al ver su quebranto
Quiso consolarla

Diciendola humilde:

—«En tu pecho graba

Para tu consuelo,

La siguiente máxima:

*La humana belleza
Es flor delicada
Que el soplo del tiempo
Marchita y desgaja.
La belleza en cambio
Llamada del alma,
Es flor siempre viva,
Pues nunca se acaba!*

XLIV.

LA VENGANZA.

(PENSAMIENTO ESLAVO.)

Ante un viejo sesenton
Dos jovencitos llegaron,
Y con el tal entablaron
Amena conversacion.

De ambos, el mas jovencito
Atrevióse á preguntar,
—«Venganza debe tomar
La sociedad, del delito?»

Y el anciano que escuchó
Con gusto al adolescente,
De esta manera prudente
Al punto le contestó:

—

¡El que la venganza quiere
Le acoza el remordimiento!....
*El hombre la tierra hiere,
Y esta á vengarse prefiere
Prodigarle el alimento!*

—

XLV.

EL BURRO Y EL CERDO.

En su establo el burro dijo:
«¡Que orejizas tiene el puerco!»
Y este desde su pocilga
Respondió al punto gruñendo:

«No me opongo á lo que dices,
Enormes orejas tengo,
Mas tú, borrico, sin duda,
No te has mirado al espejo.»

En el ojo del vecino

*La pajuela siempre vemos,
Sin cuidarnos para nada
De ver la viga en el nuestro.*

XLVI.

LA NUBE Y EL SOL.

Dijo una nube una vez
Viendo al astro rey brillar;
«Envidia siento al mirar
Que alumbras con altivez
La tierra, el cielo y el mar.

—
¡Si eclipsar tu luz pudiera
Cómo gozaría yo!...
¡A eclipsarla voy, espera!....»
Y con soberbia altanera
Ante el sol se colocó.

Al punto la oscuridad
Sucedió á la luz del dia,
Pero con severidad,
De la nube la osadía
Castigó el viento en verdad.

¡Pues rugiendo con furor
Supo imponerla su ley!...
La disipó en su rigor,
Y al instante el astro rey
Brilló con mas resplandor.

El que siente ruin envidia
Con la calumnia que infama
Eclipsar suele la llama
Del noble génio que lidia
Por el laurel de la fama.

Mas llegar suele un momento
Que disipa la *verdad*,
De la *calumnia* el aliento,
Y la antorcha del talento
Brilla con mas claridad.

XLVII.

EL TOPO Y LOS CONEJOS.

Con grita y algazara
Allá en la umbría selva,
Jugaban los conejos
A la gallina ciega.

Ambos ojos tapados
Llevaba con la venda
El que el papel hacia
De la gallina ciega.

Y todos divertidos
Dando saltos y vueltas,
En derredor danzaban
De la gallina ciega.

Un topo por un lado
Sacando la cabeza,
—«Jugar yo quiero, dijo,
A la gallina ciega.»

Apenas le admitieron
En la reunion aquella,
—«Dadme el papel, repuso,
De la gallina ciega.»

Oida su demanda
Con suma complacencia:
—«Haz el papel, dijeron,
De la gallina ciega.»

Tapáronle en seguida
Los ojos con la venda,
Y el papel hizo el topo
De la gallina ciega.

A cada paso el topo
Como es torpe, tropieza,
Con los que están jugando
A la gallina ciega.

Mas es tal su desgracia
Que á nadie á cojer llega,
Y de jugar se cansa
A la gallina ciega.

Al ver esto un conejo
Quitándole la venda,
Le dijo: —«No mas juegues
A la gallina ciega.»

Pues sin vendar los ojos
Notoria es tu torpeza,
Mas torpe eres haciendo
Tú, la gallina ciega.

*Algunos sus defectos
Disimular desean,
Jugando como el topo
A la gallina ciega.*

XLVIII.

CANTARES INFANTILES.

Niño, respeta á tus padres
Y ténles profundo amor,
Que los padres en la tierra
Son viva imágen de Dios.

—

Es, por desgracia, la envidia
Tan ruin y miserable,
Que para herir con destreza
De la calumnia se vale.

—

Por cada calumnia aleve
Que al inocente levantan,
Una corona de flores
Dios en el cielo le guarda.

Con la mentira tus lábios
No manches, niño, jamás,
Pues nunca serás creído
Aunque digas la verdad.

La perla, valiendo tanto,
En una concha se encierra;
Ella, niño, nos retrata
La imagen de la modestia.

Aunque sea corta, al pobre
Limosna le debes dar,
Pues muchas gotas de agua
Forman el inmenso mar.

FIN.

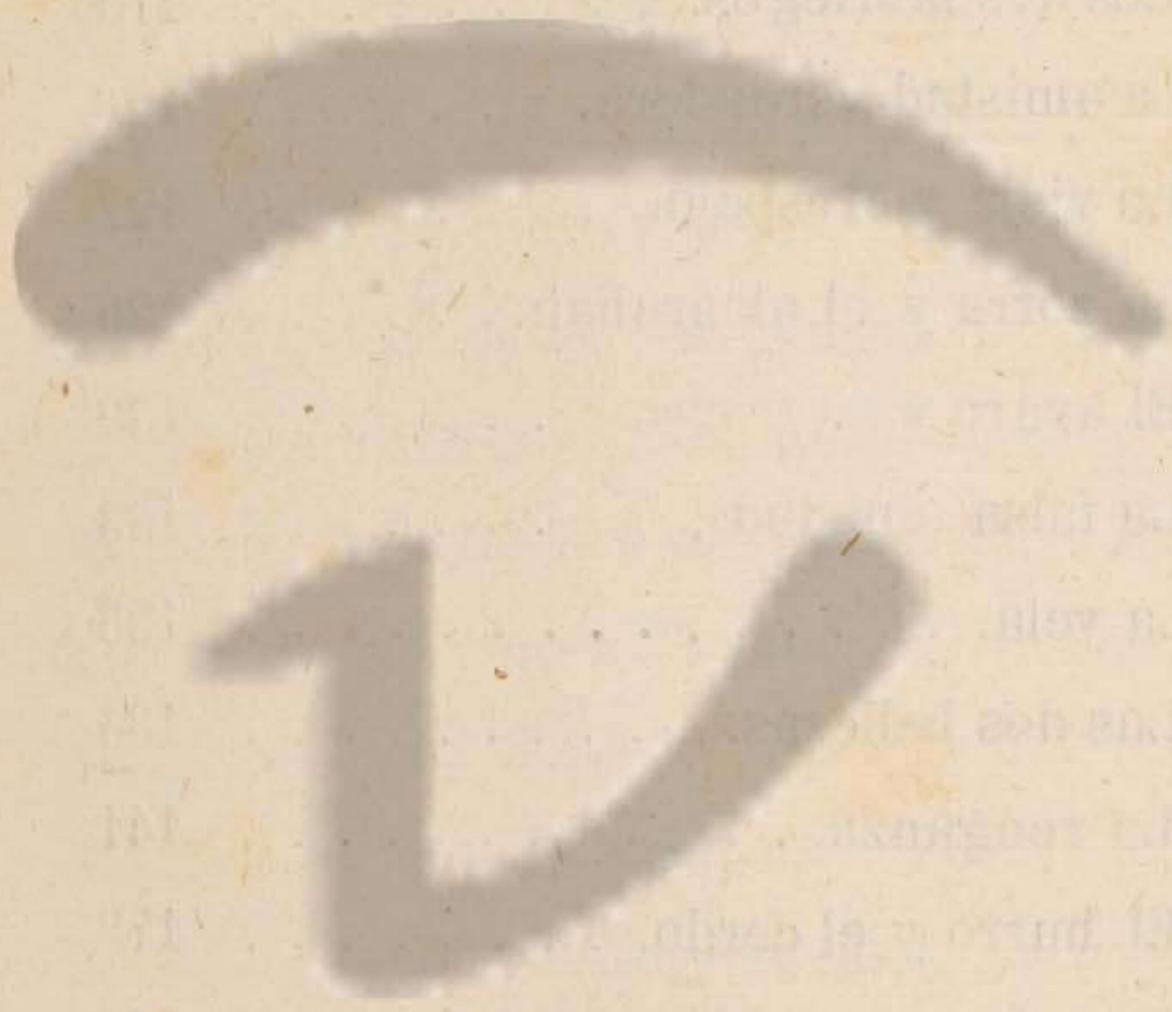
ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.	5
I. Júpiter y las bestias.	18
II. El lobo y el pastor.	21
III. Las dos mariposas.	23
IV. El siervo y la fuente.. . . .	28
V. El caminante y el árbol.	31
VI. La peluca.	36
VII. Los dos relojes.	38
VIII. Los dos perros.	41
IX. La luciérnaga y la vívora.	45
X. La liebre.	47

		Páginas.
XI.	El arriero y el zarzal..	50
XII.	Justo castigo..	53
XIII.	El viejo y la manzana.	54
XIV.	La adulacion.	56
XV.	La rosa envanecida.	58
XVI.	El niño cruel.	59
XVII.	El mono y el junco..	63
XVIII.	El niño indolente.	65
XIX.	El físico y el rayo.	69
XX.	El rico soberbio.	71
XXI.	Las flores..	75
XXII.	Semilla y fruto..	76
XXIII.	El hombre y el reloj.	78
XXIV.	La gallina y la perla..	80
XXV.	La fuente.	82
XXVI.	La mancha de aceite..	83
XXVII.	Las flores y el viento.	84
XXVIII.	El orgullo..	87
XXIX.	La luna, la estrella y la nubecilla..	93
XXX.	La niña y la manzana.	98
XXXI.	Ilusion y realidad.	101
XXXII.	El amor propio..	105

		Páginas.
XXXIII.	El aldeano y la luciérnaga.	108
XXXIV.	El niño laborioso.. . . .	110
XXXV.	Las dos manos. ,	112
XXXVI.	Los dos labriegos. ,	116
XXXVII.	La amistad verdadera.	120
XXXVIII.	La vieja y el espejo.. . . .	122
XXXIX.	La zorra y el alcaraban.. . . .	126
XL.	El avaro y su tesoro.	130
XLI.	La falsa amistad.	133
XLII.	La vela. . . . ,	135
XLIII.	Las dos bellezas.	136
XLIV.	La venganza.	141
XLV.	El burro y el cerdo.	143
XLVI.	La nube y el sol.. . . .	145
XLVII.	El topo y los conejos.. . . .	147
XLVIII.	Cantares infantiles.	151





ERRATAS.

Página.	Linea.	Dice.	Léase.
8	21	Hila	Hita
19	19	derecho	drecho
39	21	le dijo	repuso
40	8	y no hace nada,	y no hace nada.
49	8	Dí, me hieres?	Mi piel hieres?
69	9	admósfera	atmósfera
87	6	Encierto	En cierto
89	1	Teman	Téman
95	17	La nube	Y la nube
96	13	Está	En tu
99	14	A la niña	y á la niña
102	17	Toma	Torna
111	9	El dia que	El dia en que
118	11	lo puso ante mi paso	á mí me lo depara
120	5	arrancaba	arrojara



OBRAS EN PREPARACION

**CANTS DE MA TERRA,
POESÍES LLEMOSINES**

PER

JOSEPH F. SANMARTIN Y AGUIRRE.

Compondrá un tomo elegantment imprés en bon paper, y ab lo retrato del autor al front, y son prèu será 12 quinsets. Se posará á la venta en les prinsipals llibreríes de Catalunya, Mallorca y Valencia.

FLÓRES DE ADELFA.

DOLORAS

POR

CONSTANTINO LLOMBART.

Formará un tomo de unas 200 páginas impresas en buen papel, y su precio será el de 12 reales ejemplar en toda España.

PANDEMONIUM.



NOVELAS, ARTICULOS HUMORÍSTICOS, DE COSTUMBRES, ETC.,

por

José F. Sanmartín y Aguirre.

Formará un tomo elegantemente impreso, y sus condiciones se anunciarán oportunamente.

JOYEL DE LAS MUSAS,

ODAS SELECTAS

*escritas por los mas eminentes poetas castellanos,
y publicadas con un prólogo, notas al texto, y
las biografías de sus respectivos autores,*

POR

Constantino Lombart.

Esta obra compondrá un tomo de mas de 300 páginas, y su precio será el de 16 reales ejemplar en toda España.



OBRAS DE LOS AUTORES.

SANMARTIN Y AGUIRRE.

BALADAS Y CANTARES. (Agotada).

ARMONÍAS SAGRADAS. (Agotada).

TOMASITA, comedia en un acto.

EL CESTO DE FLORES, poesías ligeras. (Agotada).

MAREMAGNUM, poesías festivas.

LLOMBART.

JUSTICIA CONTRA JUSTICIA, alegoría en un acto y en verso. (Agotada).

LA ESCLAVITUD DE LOS BLANCOS, drama en tres actos y en verso.

CANTOS REPUBLICANOS.

NIU D' ABELLES, colección de epigramas lemosines, escritos en colaboración con los más reputados poetas catalanes, mallorquines y valencianos.